

Estudios costistas



Alberto Gil Novales



INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (C.S.I.C.)
Excma. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2014

ÍNDICE

Presentación	5
Costa, Filacteria	19
Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa	21
El problema de la educación popular, según una memoria inédita de Costa	83
El pensamiento de Costa	91
Introducción a <i>Oligarquía y caciquismo</i>	101
Joaquín Costa y la historia nacional	115
Introducción a <i>Historia crítica de la revolución española</i> (1912)	127
Costa y el regeneracionismo	149
La cuestión colonial del 98 en la conciencia aragonesa. Joaquín Costa y Lucas Mallada	179
Introducción a <i>Obra política menor</i> de Joaquín Costa	197
La Guerra de la Independencia vista por Joaquín Costa	223
<i>Último día del paganismo</i>	235
Navidad 1894. Benjamín del Riego escribe a Joaquín Costa	249
Joaquín Costa en el Ateneo de Madrid y el Ateneo en tiempos de Costa	253
Bibliografía.	279
Índice onomástico.	315

PRESENTACIÓN

Reúno en este volumen una serie de textos sobre Joaquín Costa, escritos a lo largo de más de cincuenta años. Empieza todo con un artículo publicado en el *Heraldo de Aragón*, en 1952, que no es en sus cortas dimensiones un ensayo, sino un grito de desesperación y denuncia. Es el franquismo lo que está en el fondo. Yo no sé cuándo comenzó mi preocupación por Costa, por su significado, quién me habló de él por primera vez. Seguramente era un valor que, en mi ciudad de Huesca y en Zaragoza, estaba en el ambiente. También hubo un costismo turolense, pero para mí fue algo más lejano y tardío. Solo quiero recordar en este momento que el regeneracionista Santiago Contel Marqués fue llamado «el Joaquín Costa bajoaragonés» (Cf. Villanueva Herrero en la bibliografía). El caso es que yo, que había estudiado en la Facultad de Derecho de Zaragoza, decidí escribir la tesis sobre Costa, alguno de cuyos libros había podido adquirir en la librería de Allué, en la ciudad del Ebro. Pero el doctorado se demoró unos años. Para una persona inquieta, como creo que era yo en aquel tiempo, hacían falta otros horizontes. Primero fui a Madrid, en donde, entre otras muchas cosas, me enteré de que había una beca de intercambio con la Universidad del Sarre. La pedí, y vino un motorista a traerme los papeles, porque en España nadie la había solicitado, y en cambio el alemán que la había obtenido ya había llegado a nuestro país. De manera que me fui a Saarbrücken, en donde entre otros descubrimientos, presencié la plena reincorporación del territorio a Alemania («Der Tag X ist da», *el día tan esperado ha llegado*) y antes vi las propagandas cinematográficas *La Sarre rattachée à la France*, que no tuvieron futuro. Alguien me habló en el Sarre de que podía obtener una plaza de profesor en Middlebury, Vermont (Estados Unidos), y enseguida di el salto a América. Presidía el Departamento de Español un hombre todo corazón, Sam Guarnaccia, un italiano nacido en el Nuevo Mundo.

Costa parecía entonces muy lejano, pero muy pronto descubrí que en la biblioteca del College estaban todas sus obras, o casi todas, publicadas a finales del siglo XIX y principios del XX. Estaban los libros, y las facilidades para consultarlos. La cosa parecía un milagro, pero no, era un efecto de la concatenación de las peripecias humanas. Middlebury tenía cierto prestigio entre los universitarios, sobre todo por sus cursos de verano. Por allí pasaron muchos de los españoles de la emigración, y entre ellos D. Juan Centeno, que fue el que hizo comprar los libros. La tristeza del exilio había producido la flor machadiana de las obras de Costa, que pude estudiar a mi placer.

Volví a España en 1964, y enseguida leí en la Universidad de Madrid la tesis costista, que constituye el segundo título de esta colección. Justo es decir que don Luis Legaz Lacambra

me facilitó el poder leerla. Yo había ido a solas en la recuperación de Costa, pero pronto encontré colegas, como Rafael Pérez de la Dehesa, que tenían inquietudes semejantes. Estos compañeros eran españoles la mayoría, pero también fuera de nuestras fronteras se estaba produciendo un interés por Costa que se interrelacionaba con el que nacía en España. Citaré solo el nombre de Gabriel Jackson, autor en Francia de una tesis sobre Costa: un resumen se publicó en la revista *Estudios de Historia Moderna* que dirigía Jaime Vicens Vives en la Universidad de Barcelona. Jackson ha mantenido su costismo hasta hoy. Otros, en la España de los cincuenta, habían manifestado su interés por Costa, y también la dificultad en que se encontraban para situarlo correctamente. Un texto de Manuel Ortuño Martínez (*Una voz en el Desierto. Joaquín Costa*), escrito en 1954, quedó inédito hasta que lo recuperamos en 2012. También es importante señalar la proyección hispanoamericana del pensamiento de Costa.

Tras mi regreso a España, conocí a George J. G. Cheyne, eminente en el costismo y en muchas otras materias. Para ser exactos creo que fue su mujer, Asunción, la que me descubrió a mí. Fue, me parece, en el Archivo Histórico Nacional, en donde estaban los papeles de Costa que años después pasaron al de Huesca. Asunción me presentó a su marido, y enseguida surgió la amistad entre nosotros. Me di cuenta inmediatamente de que Cheyne y su dedicación al montisonense eran algo muy serio, tanto que pensé por un momento retirarme de los estudios costistas, a fin de no volver a descubrir lo que un eminente investigador, Cheyne, acaso estaba ya descubriendo. Como el propio Costa indica que para entender en profundidad la crisis de su época, es decir, la del 98, había que remontarse en el tiempo hasta averiguar en qué había consistido el liberalismo español de comienzos del siglo XIX, comencé a trabajar sobre la revolución de 1820. Pero es muy difícil renunciar a algo que se lleva dentro, como es el interés por Costa, todo él, en su integridad. De momento parece que Costa se adelanta a todos en muchos temas, como pueden ser las que luego fueron llamadas Misiones Pedagógicas, y el envío de estudiantes al extranjero, el proyecto de Novelas Nacionales, algo así como las que Benito Pérez Galdós, poco antes o poco después, llamará *Episodios Nacionales*, y también las cuestiones lingüísticas, ligadas con los romances de la Península, entre ellos el castellano, desde la Antigüedad hasta su plena floración moderna. Y tantas otras, que van desde la Geografía hasta la Ingeniería, desde el notariado hasta los riegos de nuestros campos, desde las concepciones que se demostraron ser factibles hasta las utópicas. Cuando se piensa en inundar el Sahara, Costa quisiera ser el ingeniero. La reciente publicación de las *Memorias* de Costa nos ha permitido ver que él mismo era consciente, sin vanaglorias, de su prelación en muchos aspectos del pensamiento y de la actividad humana, pero se queja amargamente de que no puede realizar lo entrevisto, generalmente por falta de dinero. Esto tiene también una componente nacional: es España la que no hará a finales del siglo XIX las realizaciones grandiosas que, según él, a España le correspondían.

Ante un hombre así, lo primero que había que hacer es publicar el inventario de sus obras, tarea de la que se encargó Cheyne; y volver a publicar las obras, de forma sistemática, en ediciones fiables, que huyesen del error cometido sobre todo por Tomás Costa de poner bajo el nombre de su hermano escritos que no eran de él, sino de otros ingenios. La tarea requería la colaboración de varias personas. Se podía hacer porque el número de costistas había aumentado

considerablemente. Para la edición de las *Obras de Joaquín Costa* en la Editorial Guara, de Zaragoza, cuyo director era José María Pisa Villarroja, se constituyó un Consejo Editorial, presidido por George J. G. Cheyne. Los demás miembros eran, por orden alfabético, Jesús Delgado Echevarría, Alberto Gil Novales, José Luis Lacruz Bermejo y Lorenzo Martín-Retortillo Baquer. El primer libro, *La libertad civil y el Congreso de Jurisconsultos Aragoneses*, introducción de Jesús Delgado, apareció en 1981. En un breve prólogo, Cheyne dice que la edición es consecuencia de su *Estudio bibliográfico*. Su intención, añade, es la de ordenar las obras de Costa y dar siempre textos fidedignos. Las siguientes ediciones corrieron a cargo de los miembros del Consejo, incluido Cheyne, y de Carlos Serrano, francés de origen español, de extraordinaria categoría, Juan José Gil Cremades, profesor, Elías Campo Villegas, notario, y Cecilio Serena Velloso, magistrado del Tribunal Supremo. Los últimos libros aparecieron en 1984. La «Introducción» mía a *Oligarquía y caciquismo* figura en el presente volumen. El círculo de los costistas, que nunca fue un partido, ni siquiera una *fratría*, se extendió rápidamente al mundo de los ingenieros, de los juristas, los sociólogos y los economistas, los lingüistas, y naturalmente al de los historiadores. Entre estos es importante señalar a Manuel Tuñón de Lara. Y fuera de España a Franco Venturi, quien señalaba la significación de *Oligarquía y caciquismo* en un escrito clandestino de 1933, con seudónimo; pero probablemente por la índole de la publicación tuvo escasa repercusión entre nosotros, hasta que fue recogido en 1996 en un volumen titulado *La lotta per la libertà*.

Toda la obra de Costa plantea el problema de la Historia nacional, tema que yo recogí, y podemos verlo aquí también. Se sabía que don Joaquín había escrito una *Historia crítica de la Revolución española*, que se creía perdida. Cheyne la localizó y, como es lógico, pensó en publicarla. Hablamos de preparar una edición entre los dos, pero George murió —siempre la Parca es inoportuna— y en cuanto pudo Asunción Cheyne me mandó las fotocopias que había hecho su marido, y me encargué de la edición. Aquí podemos ver la «Introducción» que escribí entonces (estamos ya en 1992).

Costa, que tenía un gran dominio de la lengua castellana, fue por ello capaz de crear locuciones sintéticas, que sobre la gente que le escuchaba, o le leía, produjeron gran impresión. Recuérdese como ejemplo la famosa fórmula *Escuela y Despensa*, que siendo muy acertada, podría producir el efecto de un latiguillo. Hay que advertir que lo que Costa decía, o escribía, era reproducido por innumerables periódicos que, la mayoría de ellos, no respetaban el texto originario, sino que le quitaban párrafos, a veces le cambiaban el título, y otras también le añadían fragmentos de otros escritores, sin avisar, como hizo el propio Tomás Costa (ya lo he dicho más arriba). Por ello la primera tarea de George Cheyne, y de cuantos nos hemos ocupado con respeto de la obra de don Joaquín, ha sido la de separar las churras de las merinas, y restituir al escritor en toda su riqueza vital. Por lo menos, tal ha sido nuestra pretensión. Costa no fue nunca un ciclón aislado, o algo parecido: la sociedad culta española que, en mayor o menor medida siempre existió, nos exigía situar a don Joaquín en el regeneracionismo nacional, en su actitud ante los problemas coloniales de 1898, y verlo en la enorme variedad de sus respuestas ante los estímulos del ambiente, de los ambientes siempre cambiantes. Todo ello he procurado recogerlo en estos *Estudios*, lo mismo que su valoración de la Guerra de la Independencia, y el intento de legar una especie de testamento a través del

género novelístico. Hoy por hoy, el gran especialista sobre este tema concreto es Agustín Sánchez Vidal. Yo también me esforcé en situar la cuestión en el conjunto de la obra costiana. La carta que publico de Benjamín del Riego nos descubre un aspecto, a finales del siglo XIX, del enfrentamiento entre la reacción y la búsqueda de nuevos horizontes, que pasan por las aspiraciones científicas, y por la relación con Costa, como amigo y maestro.

Hasta casi el final de su vida estuvo Costa tratando de documentarse en el Ateneo de Madrid para su testamento novelístico, ya mencionado. Ciges Aparicio nos dejó páginas impresionantes sobre la presencia del último Costa en el Ateneo. Convenía integrar la relación de Costa con la *docta Casa*, que es un poco su relación con Madrid, y con el mundo de los libros. Costa, voraz lector, prefirió siempre el Ateneo a cualquier otra biblioteca: me parece que esto se debió a las facilidades horarias y de rápido acceso a los libros, y a la categoría humana del personal que le atendía. Otro asiduo del Ateneo, Francisco Giner de los Ríos, al enterarse de que Segismundo Moret, tras la muerte de Sagasta, ha sido hecho jefe no del Partido Liberal, sino de una fracción del mismo, le escribe en 1903 para invitarle a fundar partidos nuevos, con programa similar al de Costa, y gente honrada. Salvo ese plural de partidos, que puede ser un lapsus, la carta muestra cómo un regeneracionista eminente, Giner, a comienzos del siglo XX da su voto al binomio Costa más honradez. Acaso en nuestro siglo esa fórmula se haya hecho ya acuciante*.

BIBLIOGRAFÍA

Nota. Para la Bibliografía general de Costa me remito a los estudios de Cheyne en la materia. Aquí solo recojo algunos títulos particularmente significativos para mis fines de hoy, poniendo de relieve el número y la calidad de los estudios y reediciones surgidos en los últimos años.

ACADEMIA MATRITENSE DEL NOTARIADO [Antonio Rodríguez Agradados, José Luis Merino Hernández, José Ron Martínez, Juan Vallet de Goytisoló], *Homenaje a Joaquín Costa*, Madrid, Fundación Matritense del Notariado, 1990.

ALCALÁ-ZAMORA, Niceto, «Discurso 14 julio 1931», Madrid, *Cortes Constituyentes*, 1 (1931), p. 5.

ALONSO, Cecilio, *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985.

ALTAMIRA, Rafael, *Aspecto general e histórico de la obra de Costa. Conferencia*, Bilbao, Imp. J. Vidorreta, 1912, 38 pp.

—, «Joaquín Costa (Estudio general de su obra y singularmente en lo histórico)», en *Temas de Historia de España*, Madrid, CIAP, 1929, II, pp. 1-49.

* Quisiera hacer constar mi agradecimiento a la Institución «Fernando el Católico», y a su Director Carlos Forcadell Álvarez, que aceptaron la publicación de este libro; también a Álvaro Capalvo y cuantos han intervenido en el proceso de edición, que han hecho un trabajo admirable.